**Es Navidad!**

**Domingo de la Sagrada Familia**

**Textos:**

***Eclesiástico 3,2-6. 12.14; Salmo 127***

***Colosenses 3, 12-21; Lucas 2, 41-52***

Durante el tiempo litúrgico de Navidad vamos a continuar escuchando el mensaje del nacimiento del hijo de Dios de una mujer virgen llamada María y en el seno de la familia de un artesano de Nazaret llamado José. Es un mensaje tan simple que, por necesidad, solo puede ser entendido por los sencillos de corazón, por aquellos que durante *la noche,* cuando no podemos ver nada, cuando queda patente la indigencia de nuestra condición, son capaces de permanecer alerta, velando al raso. Por aquellas personas que saben leer los signos de la Presencia divina a través de la más desnuda humanidad: un niño, una mujer y un hombre, mostrando la alegría de la salvación en medio de la pobreza, sin alarde de poder alguno. Porque el poder de Dios no necesita de adornos materiales, necesita del calor que ofrece lo verdaderamente humano. Todo lo humano que se pone bajo la luz de la Divinidad y se deja visitar por él. Que, por otra parte, viene a su casa. ¡Ya va siendo hora de que lo recibamos como merece…! Dos mil años y más, deberían ser suficientes para reconocer la Presencia de Dios y las consecuencias beneficiosas que nos trae el Verbo hecho carne y nacido entre nosotros, en nuestra historia.

Este domingo se nos envía un mensaje en el que se nos invita a superar la mentalidad individualista y opresora del mundo para volver a las fuentes de las que se nutre la fe: Dios haciéndose una criatura, naciendo en medio de una familia, de un pueblo con una cultura propia: la cultura semita. Sin embargo y superando los rasgos más arcaicos y menos afectivos de esa cultura, la familia en la que crece Jesús, el Hijo de Dios e hijo de María y de José, las relaciones se integran y entrelazan a través de unos valores y unos gestos en los que, más allá de poner de relieve el predominio de la fuerza del varón sobre la mujer, se reconoce los hilos esenciales que unen a cada uno de los miembros de esa familia: el amor y el respeto. Pablo pide a las comunidades cristianas que vivamos haciendo alarde de esas valores, más aun sabiendo que somos criaturas *“elegidas de Dios, santos y amados”*. La llamada a tomar conciencia de nuestra dignidad: (la referencia al vestido la señala): *“vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión…”.* Como si dijera: vestíos de seda, de lo más valioso que el mundo material ofrece, superándolo, sin embargo, puesto que se trata de engalanarnos con actitudes y sentimientos que no pueden pagarse con nada material y, sin embargo, vale más que cualquier otra cosa. Si tuviéramos como norma de vida, como proyecto relacional entre nosotros/as, el perdón, el amor, la paz..., sin duda conoceríamos de verdad lo que significa que *la palabra de Dios habita entre nosotros con toda su riqueza*. Si sentimos que estamos muy lejos de vivir en este clima familiar al que Dios en Jesucristo nos invita, quizá sea el momento de reconocer que hemos perdido de vista al Guía de nuestra fe… Y que tenemos que buscarle. La búsqueda de Dios es una actitud que nos lleva a conocer los sentimientos de sufrimiento y de gozo de María y de José al perder de vista al hijo, y al encontrarle enseñando a los maestros del templo. Nadie debería quedarse al margen de esta *experiencia* de búsqueda de Dios en la vida cotidiana, ni de la gozosa certeza de que él está con aquellos que quieren escucharle y acogerle. Vivir en la “onda” divina es gozar de la familiaridad de Dios.

*Trinidad León, mc*